

De filosofía epicúrea

Carmen Silva

Lucrecio, *De rerum natura. De la naturaleza*. Ed. bilingüe.
Present. de Stephen Greenblatt. Trad., introd. y notas de Eduard Valentí
Fiol. Barcelona, Acantilado, 2012, 606 pp.

I

La edición del poema de Tito Lucrecio Caro (94-51 o 50 a. C.), *De rerum natura*, de la que hablaremos en esta reseña, tiene muchas virtudes, entre ellas, presentar una versión bilingüe y completa a partir del texto original latino escrito en el año 50 a. C. Esta notable obra filosófico-científica, publicada póstumamente —y de la que los especialistas aseveran fue corregida para tal efecto por Virgilio—, está dedicada a Gayo Memmio, un romano perteneciente a la nobleza y hombre muy influyente en la política de su momento. Son muchos los temas que aborda el autor y, en esencia, cada uno de ellos es estudiado o explicado desde el punto de vista de la teoría de Epicuro. Para aquellos que conocen el latín, ésta es una espléndida oportunidad para hacer una lectura comparativa remitiéndose a la versión latina original. Sin embargo, sobre la traducción poco puedo decir, pues no soy versada en latín y tampoco es mi interés formular aquí comentarios de tipo filológico, sino invitar al lector a conocer la filosofía epicúrea, tan interesante, rica, fascinante y poco estudiada en nuestro medio y lengua.

El poema está dividido en seis libros, separados a su vez en secciones temáticas indicadas al comienzo de cada uno de ellos, lo cual resulta de gran utilidad al lector pues le advierte sobre su contenido, otorgándole claridad acerca de la exposición. Leyendo su orden y enumeración se aprecian las tesis principales del atomismo, tan ajenas y lejanas a lo que comúnmente se creía y aceptaba acerca de la naturaleza del universo, del hombre, del alma y el cuerpo, de la percepción, de lo eterno y lo perecedero, de lo terrestre y lo celeste, de los fenómenos naturales, etcétera.

Es obvio que la riqueza de los temas tratados por el autor en su poema es inmensa. En el libro I, Lucrecio postula los átomos. En el II, defiende la tesis de un universo infinito, la existencia de infinitos mundos y la libertad e inde-

pendencia de la naturaleza de Dios —o los dioses— y la existencia del vacío. El tema central del libro III es, a mi juicio, la reflexión sobre la naturaleza o características del alma humana, lo que hoy conocemos como psicología; además de la postulación de la unión de espíritu y cuerpo, ambos conformados por átomos materiales. El libro IV se ocupa principalmente del estudio de la visión, las imágenes e incluso la sensibilidad en general, a saber: tacto, olfato, oído y visión. Todo lo cual desemboca en una reflexión epistemológica en la que se afirma y propone la posibilidad de conocer gracias a la “sensibilidad verdadera”. El libro V trata principalmente de la naturaleza mortal del mundo y expone la caracterización del agua, aire, tierra y fuego. También estudia los entes celestes, principalmente el Sol, la Luna y sus movimientos. Asimismo contiene, en gran medida, una reflexión propia de la astronomía y un estudio y análisis de la creencia humana en los dioses. El libro VI es un regreso a la naturaleza, pero en este caso el objetivo es estudiar y comprender un conjunto de fenómenos naturales, sobre todo de índole meteorológica, como los rayos, los truenos, la lluvia, el arco iris, los terremotos, los volcanes y sus erupciones, etcétera. Para concluir el poema, Lucrecio hace alusión a un fenómeno de carácter no atmosférico, interrogándose y dándose respuesta sobre el origen de la epidemia de la peste que azotó la ciudad de Atenas (asunto que concierne a la medicina).

Es innegable que la temática del poema —y por tanto de Epicuro mismo— es muy amplia. Y también que tanto la teoría del filósofo griego como el poema que la expone tienen una importancia incuestionable. Pero igualmente nos resulta excepcional que un solo hombre pueda reflexionar tan prolijamente sobre el origen y constitución del universo, la relación del espíritu y el cuerpo (psicología), la percepción (epistemología), la piedra magnética, los rayos, los volcanes, el Sol, la Luna y demás fenómenos atmosféricos, e incluso la medicina.

II

Cuando el poema de Lucrecio se publicó no fue aceptado por sus contemporáneos romanos porque lo que él sostenía no era compartido ni aprobado, sino incluso era contrario a los valores e intereses de aquéllos. Del mismo modo, en un momento posterior, los cristianos también lo rechazaron porque Epicuro —ilustrado por Lucrecio en el poema— pensaba que los átomos, que son las estructuras de todo lo existente, no requieren de un Dios creador, diseñador o conservador de lo creado. El universo epicúreo funciona y existe sin necesidad de postular a Dios. Además, la teoría atomista también descarta la posibilidad de una vida después de la muerte del cuerpo, es decir, niega la

posibilidad de la inmortalidad del alma. En la Edad Media, el poema fue prácticamente ignorado, con excepción de Isidoro de Sevilla.

En una de las introducciones —ambas excelentes, sugerentes y útiles, además de eruditas—, se menciona que esta obra también asombró a Darwin, Freud y Marx. Por lo tanto, podemos afirmar con toda seguridad que el poema es fundamental tanto para la filosofía como para otras disciplinas. Es de sorprender que un libro de esta relevancia haya sido olvidado por varios siglos y que sobreviviera de milagro gracias a una copia efectuada y conservada en un monasterio de Alemania. Esta única copia del poema fue rescatada en el siglo XV y ello cambió el curso de la historia del pensamiento occidental en áreas tan variadas como la física, la psicología, la epistemología, la meteorología e incluso la ecología. Además, al leer las tesis de Epicuro, uno puede reconocerlas como antecesoras de la teoría de Leibniz sobre la posibilidad de otros mundos, o cierto parentesco con la cábala, pues los átomos son equivalentes a las letras del alfabeto, que son, según la tradición hebrea, el origen de todo lo existente.

III

Todo lo anterior nos ayuda a comprender por qué este poema deslumbró a los renacentistas, quienes lo rescataron en 1417 y lo leyeron con mucho entusiasmo. Incluso, según una de las dos magníficas introducciones, parece que Ficino escribió un comentario sobre el poema, pero lo quemó; por su parte, Maquiavelo lo leyó; pero, finalmente, Giordano Bruno fue quien de manera evidente mostró su adhesión al epicureísmo, aunque lo pagó muriendo en la hoguera.

Gracias a la invención de la imprenta, podemos afirmar que, durante el Renacimiento, *De rerum natura* fue muy leído y, por tanto, conocidas sus principales tesis. Además, al final de este periodo, Montaigne suscribió en sus *Ensayos* varias ideas de Epicuro, las cuales llegaron a Gassendi, Galileo y Newton en el siglo XVII.

Posterior a su rescate en el Renacimiento, el epicureísmo fue retomado en el siglo XVII, en contraposición al aristotelismo, con la intención de postular una nueva filosofía natural alternativa a la dominante (la aristotélico-tomista). Ello dio lugar a una nueva concepción de la materia y del universo, conocida como la hipótesis mecánica. El mecanicismo fue aceptado por casi la totalidad de los filósofos naturales de la época, en estrecha relación y dependencia con el atomismo. Ambos son parte fundamental de la física de Newton, vigente el día de hoy bajo cierta perspectiva y ámbito de la realidad física. En otras palabras, el epicureísmo que Lucrecio ofrece en su poema es una versión elegante y accesible del atomismo de Epicuro, maravillosa ocasión para quien tenga el deseo de conocer esta trascendente teoría.

Ahora bien, el atomismo, como ya lo comentamos, fue rechazado tanto por los romanos como por los cristianos, sin embargo, en el siglo XVII el epicureísmo fue aceptado y reivindicado en parte gracias a que sirvió para combatir el aristotelismo y también porque fue “bautizado” —expresión de Margaret Osler, en el sentido de que se le agregó un Dios (Arquitecto, Artífice, Relojero), autor del ordenamiento y regularidad del universo. Por consiguiente, los filósofos del siglo XVII tuvieron la seguridad de encontrar la clave del universo y verse a sí mismos —como lo pensó Robert Boyle— como los más piadosos de los cristianos, pues al intentar conocer a la naturaleza, a su vez se aproximaban a los designios, diseños y regularidades que el Creador le había impreso al universo.

IV

Cabe mencionar que leyendo la presentación y notas de esta bella edición, nos enteramos de que existen pocos datos y registros sobre la vida de Lucrecio. La fuente de información con la que se cuenta es un documento de san Jerónimo donde aparece la fecha de nacimiento y muerte del poeta romano. Su vida es un enigma al igual que su muerte, muy probablemente por suicidio. Lo curioso es que tampoco hay una respuesta definitiva sobre la fuente de Lucrecio para acceder al conocimiento de las tesis de Epicuro.

De cualquier manera, el poema científico *De rerum natura* es una de las primeras obras de divulgación de la ciencia de la historia de Occidente. Recomiendo ampliamente su lectura para profesores y alumnos de historia de la filosofía y filosofía de la ciencia, además de para cualquier persona, sin necesidad de entrenamiento filosófico, que tenga la disposición de gozar con un clásico, una teoría excepcional (el atomismo) y un estilo poco usual o convencional (un poema fascinante).

La editorial Acanalado, con su magnífica selección de autores y títulos, hace honor a cada una de las obras de su catálogo al imprimirlos de manera muy cuidada, con excelente tipografía y bellas portadas, como es el caso del libro que aquí reseñamos. Es de justicia añadir que este libro contiene una muy buena presentación de Stephen Greenblatt, y una excelente traducción, introducción y notas de Eduard Valentí Fiol. No sólo el poema está bellamente escrito y su contenido es sorprendente, creo que la editorial Acanalado le hace honor a esta obra tan valiosa al editarla con elegancia, cuidado y buen gusto.